

GABRIEL
ROLÓN



LA
SOLEDAD

Una visita inevitable

GABRIEL ROLÓN

LA SOLEDAD

Una visita inevitable

INTRODUCCIÓN

*“Carpe diem”, decía Horacio;
ese día, si se vive de verdad, es la eternidad misma...
duramos un instante tras otro, y eso es lo que significa existir.*

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

El bridge es un juego de cartas en el que se enfrentan dos parejas. Un juego que no depende sólo del azar. Requiere de atención, inteligencia y, sobre todo, de una comunicación casi telepática entre los compañeros.

Al comenzar la partida, uno de los jugadores ocupa el lugar de “el muerto” y da vuelta sus cartas para que el resto pueda verlas. A partir de ese momento, su compañero (el declarante), toma el control y comienza la verdadera magia del juego. “El muerto” no puede tomar decisiones, no puede jugar su voluntad y, sin embargo, con su ausente presencia es clave en el desarrollo del juego. Tampoco puede hablar con su acompañante con quien, en un diálogo silencioso, sostiene una fuerte conexión.

El bridge es un desafío. Una puja lúcida donde prima la complicidad que cada pareja sea capaz de alcanzar. Una dinámica que se pone en movimiento gracias a ese jugador que permanece en una ausencia supuesta.

Haciendo metáfora, Jacques Lacan dirá que, durante un tratamiento, el analista debe ocupar el lugar de “el muerto” para que el paciente juegue sus cartas y ponga en movimiento sus palabras.

El analista no dirige activamente la sesión, pero con su abstinencia sostiene un espacio donde el sujeto despliega su deseo.

No impone sus intereses personales, y en esa manera particular de estar presente habilita que el discurso del analizante se organice y revele su lógica propia. Como “el muerto” en el bridge, sin jugar de modo activo, auspicia que el análisis avance. No maneja la sesión, pero desde una posición de reserva dirige la cura. Ofrece su silencio, su escucha, a veces su interpretación, para que el paciente despliegue en el discurso asociaciones, contenidos inconscientes, esos dichos de otros que lo recorren y que muchas veces arman una escena a la que no sabe cómo responder. Escenas que lo instan a repetir elecciones dolorosas y conductas sintomáticas.

Decir que el analista ocupa el lugar de “el muerto” implica que, en sesión, el analista no es un *\$ujeto*. Por el contrario, ocupa el lugar de un objeto (Lacan lo llamará objeto “a”), renuncia a su ser y, con ese sacrificio subjetivo intenta que el paciente revele sus misterios.

De algún modo, Julián, mi paciente, estaba en lo cierto. En sesión no soy una persona a la que le pasan cosas. Mis deseos, mis dolores o mis miedos, no cuentan. En el consultorio el analista es el que escucha, interpela o contiene. El referente. No es un semejante, un otro. Es el gran Otro.

En su poema “Ajedrez”, Borges escribió:

*Dios mueve al jugador y éste la pieza.
¿Qué Dios, detrás de Dios, la trama empieza?*

¿Cuál es el Dios al que le llora Dios? ¿A quién le reza Dios cuando está angustiado?

A nadie.

Lacan dirá que no hay un gran Otro para el gran Otro. Ese es el lugar (incómodo) que ocupa el analista.

Hoy mi consultorio es distinto, aunque el diván es el mismo de entonces. También alguno de mis rituales. La costumbre de llegar una hora antes que mi primer paciente, la ceremonia del café negro

y amargo, la mirada que recorre la biblioteca, la música. Enciendo las luces, acomodo la agenda y la jarra de agua. Al llegar al escritorio me paro frente al reloj de arena. Y aparece el tiempo.

El enigma del tiempo es el enigma de la vida. Porque en él nos enamoramos, sufrimos desengaños y jugamos nuestros sueños.

Siempre creí que el tiempo era inmanejable. Que nadie podía detenerlo ni acelerarlo.

En *La Felicidad* dediqué un capítulo a la relación de Albert Einstein con Sigmund Freud y me aboqué a la lectura de las cartas que se enviaron. Mi intención era retratar aquel momento en que el físico más importante del mundo convocó al creador del Psicoanálisis, para debatir sobre la deshumanización que veía en el mundo y lo aconsejara acerca de la manera en que podía detenerse una guerra que amenazaba con matar a millones de personas.

La respuesta de Freud fue demoledora. Nada podían hacer porque en todo ser humano hay una pulsión destructiva irrefrenable: la pulsión de muerte.

Sin embargo, mi interés por Einstein generó el deseo de acercarme a la comprensión de sus teorías. Esos desarrollos que cambiarían para siempre el modo en que concebimos el universo.

* * *

Conozco mucho los pueblos de mi Patria. Viví en algunos de ellos y hoy los visito en mis viajes de trabajo. En cada plaza está el municipio, algún hotel, un restaurante, y la iglesia. En lo alto hay un reloj y un campanario.

Los relojes ejercen una atracción difícil de resistir. Basta seguir a la gente que camina por las calles de Praga para desembocar en “la plaza del reloj”. Como todo turista me he parado frente a ella y esperé que sonaran las campanas señalando la hora exacta. La misma para todos. Aun sabiendo que se trata de un engaño. Que, aunque el

sentido común nos diga lo contrario, el tiempo no es absoluto. Que no hay dos personas para las que el tiempo pase de igual manera.

¿Cómo llegó la humanidad a descifrar algo que parece tan ilógico?

En el siglo XVII, Galileo Galilei desafió dos mil años de concepción aristotélica y sostuvo que el movimiento es relativo. ¿Qué significa esto? Que al plantear que algo se mueve, tenemos que referir en relación a qué realiza ese movimiento. Por ejemplo, cuando caminamos nos movemos a cuatro o cinco kilómetros por hora en relación al piso. Un avión, a su vez, se mueve a ochocientos o novecientos kilómetros por hora en relación al aire. La luna gira en relación a la Tierra, y la Tierra en relación al sol.

No tiene sentido decir que algo se mueve si no es en alusión a otra cosa. Este es el principio de la relatividad de Galileo.

De este principio se desprende que tampoco existe una velocidad absoluta. Por ejemplo, si vamos en un tren que avanza a setenta kilómetros por hora y pateamos una pelota, quienes estén en el tren la verán desplazarse a treinta o cuarenta kilómetros por hora, según la fuerza con que la hubiéramos golpeado. Por el contrario, para quien la mira desde el andén, la pelota se desplaza a cien o ciento diez kilómetros por hora. Porque ambas velocidades se suman. La del tren y la de la pelota.

También la distancia recorrida por la pelota será relativa. Para los pasajeros habrá avanzado quince o veinte metros. En contraste, para los que están fuera, tal vez haya avanzado cien metros o más. Porque al trayecto que hizo esa pelota se suma el que realizó el tren.

La física de Isaac Newton obedecía a esto. Entonces, el espacio es absoluto y el tiempo fluye igual para todos. Tal como lo percibimos en la vida diaria.

Pero en el siglo XIX se comprobó la existencia de una velocidad que no es relativa: la luz. Trescientos mil kilómetros por segundo. A esa velocidad se desplaza un láser tanto para quien lo dispara desde

el tren como para quien lo observa desde el andén. Es decir que la velocidad de la luz es absoluta.

Einstein advirtió que eso implicaba que nuestro concepto acerca del tiempo y el espacio era erróneo y, en 1905 formuló la Teoría de la Relatividad Especial, donde intentó unificar el principio de relatividad de Galileo (el movimiento es relativo) con el hecho de que hay una velocidad que es absoluta (la velocidad de la luz). La genialidad de Einstein fue comprobar que, más allá de lo aparente, no estamos frente a una contradicción. Que existe una solución matemática que permite reconciliar este conflicto, siempre y cuando asumamos que el tiempo y el espacio se comportan de manera diferente a lo que pensamos.

Aquí empieza la dificultad. Porque la Teoría de la Relatividad Especial nos obliga a desafiar al sentido común y asumir que el fluir del tiempo es variable. Distinto para cada uno de nosotros. Que el paso del tiempo dependerá de la mayor o menor influencia de la gravedad y de la velocidad con que un objeto se mueva. A mayor altura el tiempo pasa más rápido. A mayor velocidad, más lento.

Los relojes atómicos permiten medir esa diferencia infinitesimal, pero comprobable. Se ha hecho el experimento de sincronizar dos de esos relojes, uno en el piso y otro sobre una mesa, y después de un lapso se constató que ya no marcaban la misma hora. El que estaba sobre la mesa se había adelantado con respecto al otro.

Es decir que una persona que vive en el piso décimo de un edificio envejece más rápido que otra que vive en planta baja, porque al estar más lejos de la influencia de la gravedad el tiempo pasa más rápido. A su vez, dado que a mayor velocidad el tiempo se lentifica, quien viaja en un avión envejece menos que sus amigos que quedaron en la Tierra. ¿Cuánto? Millonésimas de segundo en una vida.

¿Qué importancia tiene entonces un desfase tan pequeño?

Todos utilizamos el GPS. Un sistema que triangula satélites que orbitan a veinte mil kilómetros de altura, a una velocidad tal que

dan dos vueltas diarias a la Tierra. La velocidad haría que el reloj del GPS fuera más lento. La altura que fuera más rápido. Y es la altura la que prima. Por eso, los relojes de los satélites del GPS se adelantan aproximadamente treinta y ocho millonésimas de segundo por día. Menos de lo que tardamos en pestañear. Sin embargo, en ese lapso, la luz se desplaza once kilómetros. Y si no se corrigiera ese desfase el sistema no serviría de nada, porque nos dejaría a once kilómetros de la dirección que le solicitamos.

Diez años después, en 1915, luego de profundizar sus investigaciones, Albert Einstein presentó la Teoría de la Relatividad General, el concepto de la geometría curva del universo.

Detengámonos en la primera de sus formulaciones y hagamos un correlato con la experiencia analítica, donde también el tiempo es relativo. Distinto para cada sesión. Para cada paciente que es invitado a habitar su propio tiempo y la relatividad de sus vivencias, de sus decisiones. Porque cada encuentro es un viaje a esa soledad poblada de fantasmas, a veces reconocibles y otras ignorados. Pero tan propios.

Se trata de convocarlo a que ocupe su lugar en un presente eterno. Que acepte, como expresó el poeta Paul Eluard: “el duro deseo de durar”.

En una entrevista con Patrick Vighetti, el filósofo André Comte-Sponville sostuvo que:

No se trata de vivir, como el animal según Nietzsche, atados “a la estaca del instante”. Ni tampoco de embrutecerse en el no futuro de los punks o de los idiotas. No se puede vivir en el instante, puesto que la vida es duración...

No es el instante lo que hay que tomar, sino el eterno presente de lo que dura y pasa...

Uno de los quiebres más fuertes que generó Lacan, que entre otras cosas le costó la expulsión de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), fue romper con la sesión establecida de cincuenta minutos.

Los argumentos de Lacan eran firmes. ¿Por qué deberíamos establecer un tiempo invariable si, en análisis, se trata del tiempo del Inconsciente? ¿Si a veces en quince minutos recorrimos un trayecto enorme, y otras conviene trabajar una hora y media?

En el consultorio, el tiempo toma una dimensión ajena al mundo.

—¿Ya está, terminamos? —pregunta un paciente al que una hora le parecieron cinco minutos. A veces, en cambio, media hora se le vuelve eterna y no tiene de qué hablar.

Cuando dirijo un análisis, también mi espacio-tiempo es único.

Por eso necesito llegar antes, habitarlo, que sea una espera donde mis pensamientos se vayan aplacando para que pueda ocupar el “lugar del analista”. Sólo de esa manera habitaremos con el paciente ese espacio-tiempo singular al que llamamos sesión. Una experiencia que a veces comienza antes de que el *analizante* llegue al consultorio y continúa incluso después de que se haya ido.

La espera es parte de la experiencia analítica. Cuando suena el timbre, mientras bajo a abrir, ya estoy en el tiempo que me propone ese paciente. Un tiempo en ocasiones avasallado por la ansiedad, en otras por el aburrimiento, la angustia o la incertidumbre.

El ámbito analítico propone cada vez el desafío de no forzar y estar abierto a la posibilidad de que ocurra algo. En sesión batallo con esa ansiedad que surge cuando el paciente parece no decir nada importante, o repite algo de lo que habló tantas veces. Y en ese espacio-tiempo relativo estoy solo.

El paciente espera comprensión, respuestas, alivio. Por mi parte, me entrego a la posibilidad de que alguna grieta en su discurso deje filtrar una duda, un lapsus, un sueño que abra un territorio de confusión y soledad. La soledad del Inconsciente.

Si alguien nos observara desde fuera creería que se trata de una conversación. Pero el análisis no es un acto de comunicación. Es un

acto de creación. Un vínculo que posibilita que, de repente, aparezca algo donde no había nada.

Cuando el profesional queda atrapado por el discurso del paciente que habla con demasiada nitidez, y solo rescata lo que dice pero no tiene en cuenta las palabras que utiliza, hay comunicación. Y es ahí donde el tratamiento falla.

El análisis avanza con el malentendido. Cuando surge la duda y la palabra traspasa su sentido aparente para decir algo que no puede decirse de otro modo. Entonces, en lugar de dos personas que se comunican, hay un *hablante* que sufre, que no entiende, y un analista que propicia la aparición de contenidos inconscientes. Esta “falla” (deseada) en la comunicación los deja solos.

El analista no es una persona que comprende al paciente. Es alguien que aloja su soledad. Que tiene la fortaleza de entrar en esos terrenos oscuros del analizante y lo acompaña hasta al borde de su abismo.

El gran desafío es pasar por encima de ese imaginario que supone dos personas que se están comunicando, para ser dos viajeros que se dejan absorber por el sinsentido aparente en busca de la verdad. Una verdad también relativa. Una verdad perdida para siempre, que se ignora, porque la verdad no es conocimiento.

Freud sostiene que todo *\$ujeto* contiene un saber no sabido, intrasmisible. Basta pedirle una receta a “la abuela” para comprobar que no conoce lo que sabe. Nos dirá que echemos un ingrediente. “¿Cuánto?”, le preguntamos. Su respuesta será esquiva: “Fijate. Te vas a dar cuenta. Un poco”. Lo cierto es que no puede transmitir ese saber que la recorre. Por eso, junto a las abuelas mueren los sabores de la infancia. Y nos quedamos solos. Con el deseo de recuperar lo imposible.

Freud lo sabía.

Al escuchar a sus primeras pacientes, “sus histéricas”, sospechó que esos síntomas, esos dolores físicos y psíquicos portaban un saber. Una porción de verdad.

No fue el primero. La filosofía y la lógica se han obsesionado por establecer la veracidad o falsedad de un enunciado. En un intento por atrapar la verdad, expusieron las falacias, esos modos que el lenguaje utiliza para disfrazar de veraz lo que es falso, y teorizaron las leyes que determinan la validez de los razonamientos. Ensayos valederos, aunque condenados al fracaso. En tanto que hablamos, “la verdad” está perdida. Ya hablaremos de esto más adelante.

Volvamos al consultorio.

Aunque se transite de a dos, es una experiencia solitaria tanto para el analista como para el paciente.

Cierta vez estaba a punto de iniciar una sesión con un paciente, Aldo, y recibí la llamada de una *analizante* de riesgo en crisis. Estaba desbordada. Le pedí a Aldo que pasara al consultorio y me esperara un instante. Me equivoqué. Tuve que hablar casi veinte minutos. Al terminar, vi que Aldo se había acostado en el diván. Me senté detrás de él y comencé a disculparme por la demora.

—No me digas nada —interrumpió—. Me vino bien, estoy conmovido. Porque mientras te esperaba pude entender la intervención que me hiciste la sesión pasada.

Aquel tiempo solitario en el consultorio le había dado la posibilidad de comprender lo que veníamos trabajando. Eso que no había podido asimilar durante la semana se aclaró de pronto cuando se acostó en el diván. En ese momento de soledad a medias. Y fue posible porque el dispositivo analítico es un espacio-tiempo que funciona aun sin mi presencia física.

Puede parecerle extraño a quien nunca se haya analizado. Es comprensible. Después de todo se trata de una experiencia en que la presencia-ausencia y el espacio-tiempo funcionan de manera única.

Por lo general, cuando un paciente falta a sesión, debe pagar los honorarios del profesional. Esto tiene un sentido que va más allá del compromiso económico. Implica que, de todas maneras,

la sesión ocurrió. Porque durante ese tiempo, el analista estuvo transferencialmente con él. Se preguntó por qué no fue, por qué no avisó. Evaluó si la decisión pudo ser a causa de una resistencia o de un enojo. Es decir, ha sido un tiempo en que el profesional buscó la lógica de ese “acto de ausencia”. A su vez, desde el olvido, la culpa, o el boicot, también el paciente ha estado ligado al análisis. Por eso no suelo llamarlo durante su horario. Sólo después, cuando el tiempo de la sesión terminó, le escribo para averiguar qué ocurrió. Porque mientras transcurre ese tiempo algo está pasando. Algo que deberemos trabajar.

Cuando generamos que el paciente hable libremente surge la posibilidad de que aparezca la palabra que nos importa. Esa que viene de la asociación libre. De un *\$ujeto* que renuncia a controlar su discurso y habla sin evaluar si lo que dice está bien o mal, si es o no relevante. De esa renuncia, a veces, aparece la palabra plena. Plena de fantasías, miedos o traumas inconscientes que revelan esa verdad que el paciente desconoce.

He escuchado muchas veces la siguiente frase:

–Te voy a contar algo que nunca le dije a nadie.

Cuando eso ocurre, el dispositivo analítico está funcionando. Porque se habilitó un espacio donde el paciente puede hablar sin que nadie ejerza una mirada crítica. Entonces, siente más libertad que al estar solo. Porque cuando cree estar solo, están también sus mandatos, sus prejuicios, la presión de saber lo que se espera de él. Y el analista debe intentar barrer o poner entre paréntesis esas compañías indeseadas que molestan al paciente. Así podrá ayudarlo a mirar de frente a sus fantasmas. Porque esos fantasmas están adentro de nosotros y pueblan cada una de nuestras soledades.

Sin embargo, sería un error creer que el analista es un ausente. Alguien que no habla, no saluda, no ríe. Ese estereotipo hizo mucho daño al Psicoanálisis. Por el contrario, el analista pone el cuerpo para sentir el impacto del Inconsciente. A veces puede acercarse

o tomar la palabra como agente del discurso. Y si el chiste del paciente es bueno, también puede reír.

La abstinencia analítica no busca que el paciente se angustie ante la ausencia emocional del terapeuta. Dejar al paciente solo con sus asociaciones, no es dejarlo aislado. Quien no se conmueve frente al dolor o la alegría de un *\$ujeto* no está capacitado para ejercer el Psicoanálisis.

La soledad del consultorio no es indiferencia. Es intimidad. No es distancia. Es cercanía. Comuni3n profunda que elude la palabra vacía en busca de una palabra diferente. Para que el paciente pueda mostrar sus miedos, su vergüenza y el desconocimiento que lo habita.

—Soy puta —me dijo Isabel después de un tiempo de trabajar juntos—. Vivo de eso. Me acuesto con gente que me da asco, por plata. Plata que uso para mantener a mi familia. ¿Y sabés qué es lo peor? Que mi papá lo sabe. Todos lo saben. Y da lo mismo que lo sepan. Porque yo no le importo a nadie.

—Eso no es cierto —señalé—. A mí sí me importás.

Isabel lloró. Me contó cómo su padre la había entregado siendo adolescente para sostener el status perdido hacía tiempo, cuando dilapidó su herencia. Y la prostituyó para conservar la imagen en el pueblo, por comodidad o porque tal vez, ella no le importaba.

Tiempo después, luego de una sesión muy dura, Isabel me pidió que la abrazara.

—Quiero saber qué se siente que alguien te abrace sólo porque sos importante, y no porque te quiere coger.

Y la abracé.

Dijo Octavio Paz:

*Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia:
las manos de otros solitarios.*

Mi abrazo fue la mano de un solitario que se extendió para sostener su soledad abierta.

Cuando Isabel se fue quedé conmovido. Llevaría tiempo para que su angustia encontrara un sentido a través de las palabras. Un tiempo que, aun con mi presencia, ella atravesaría en soledad, sola, pero no Sola.

* * *

La soledad no es una emoción, ni un sentimiento.

Es una experiencia a veces sufriente, otras agradable. Porque toma formas diferentes.

Soledad del duelo. Ensombrecidos que caminan entre el amor y lo perdido, entre lo deseado y lo que no fue, o fue en un tiempo que ya pasó. Un tiempo en el que parecía que no estábamos solos. Que nunca lo estaríamos. Un tiempo lleno de fantasías de completud.

Soledad de quien estudia y sueña su futuro. Soledad angustiada de la incertidumbre. Soledad desgarrada del desocupado. Soledad plena del asceta que medita en busca de una calma imposible. Porque incluso en su aislamiento lo visitan los demonios. Soledades reclamantes de aquellos que no quieren quedarse solos y exigen y condenan a los demás. Soledad de los insomnes, que no duermen porque sus pensamientos no los abandonan. Soledad de los que triunfan. Soledad del vencido. Soledad del que se vacía de amor propio y busca compañía a cualquier precio. Soledad del incomprendido. Y de los que no comprenden. Soledad de las despedidas. Soledad del exilio. Soledad de los ancianos abandonados. O de quienes se abandonan sin ser viejos.

Por eso, en el amanecer de este libro, intuyo una soledad con minúscula, la soledad sin otros –padecida, disfrutable o elegida–, y otra con mayúscula: la Soledad existencial. Soledad del hablante, del humano que camina un planeta oscuro entre millones de planetas, en un universo infinito para el que su vida no tiene importancia.

Y aparece la emoción de Spinoza, la humildad de Cristo, el pesimismo trágico de Schopenhauer, y el desafío de encontrar un sentido a la existencia. Y en medio de todo eso, el amor. La vida palpitante. El deseo.

Y este libro.

Un intento de abordar el misterio, ponerle palabras al vacío y pensar. Al menos, pensar lo incomprensible. Aquello que no puede apurarse ni detenerse. Que no admite tregua ni negociación. La soledad es lo implacable. Una presencia que, aunque a veces no se percibe, está ahí, al acecho. A nuestra derecha, cerca de la muerte. No depende de la voluntad. Nos acompaña en cada pérdida, en cada instante en que nos enfrentamos a nosotros mismos. Podemos ignorarla, disfrazarla con alguna compañía o con distracciones, pero siempre habrá un momento en que nos alcance, y nos deje desnudos ante la existencia.

Tal vez lo más complejo de la soledad sean sus contradicciones. Por un lado, nos aterra, y también nos define, nos ahoga y nos hace libres, nos separa de los otros y, al mismo tiempo, nos revela quiénes somos.

La soledad no es una condena. Es parte de la condición humana.